

Maqueta de portada: Sergio Ramírez
Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el artículo 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original
An Essay on the History of Civil Society

© Ediciones Akal, S. A., 2010

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-2693-8
Depósito legal: M-900-2010

Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Pinto (Madrid)

Adam Ferguson

Ensayo sobre la historia de la sociedad civil

Introducción, traducción y notas de
María Isabel Wences Simón



akal

Primera parte.

De las características generales de la naturaleza humana

SECCIÓN I.

DE LA CUESTIÓN RELATIVA AL ESTADO DE NATURALEZA

Las producciones de la naturaleza se forman gradualmente. Los vegetales brotan de un vástago tierno y los animales pasan por la infancia. Estos últimos, nacidos para actuar, amplían su campo de acción a medida que se desarrollan sus órganos: se ve un progreso en lo que efectúan y en las facultades que adquieren. Este progreso, en el caso del hombre, se extiende en mayor grado que en cualquier otro animal. El individuo pasa no solamente de la infancia a la edad adulta, sino que la especie humana se alza desde la rudeza hasta la civilización. De allí, el supuesto inicio de la humanidad a partir de un estado de naturaleza; de allí, nuestras conjeturas y nuestras opiniones sobre lo que el hombre debe haber sido en los primeros tiempos de su existencia. El poeta, el historiador y el moralista aluden con frecuencia a estos tiempos remotos y, bajo los símbolos de la Edad de Oro o de Hierro, describen una condición y una forma de vida a partir de las cuales el hombre ha degenerado o, por el contrario, ha progresado considerablemente. Según una o la otra de esas suposiciones, este primer estado de nuestra naturaleza no debió tener ninguna semejanza con aquello en que los hombres se convirtieron en épocas posteriores. Los monumentos históricos, incluso los que se remontan a épocas muy lejanas, de-

ben considerarse como obras recientes; y las instituciones más comunes de la sociedad humana deben percibirse como usurpaciones que el timo, la opresión o el espíritu inventivo han establecido por encima del reino de la naturaleza, haciendo desaparecer tanto el origen de nuestra buena fortuna como el de nuestras desgracias.

Entre los escritores que han intentado distinguir en la naturaleza humana sus cualidades originales y subrayar los límites entre la naturaleza y el arte, algunos han representado al hombre en su primera condición, como si fuera dueño de una sensibilidad meramente animal, sin poder ejercitar ninguna de las facultades que lo distinguen de los animales, sin unión política, sin poder expresar sus sentimientos, e incluso sin la inteligencia y las pasiones que la voz y el gesto son tan aptos para expresar. Otros hacen del estado de naturaleza un estado de perpetua guerra, regido esencialmente por el interés y la competencia, donde cada individuo vive en discordia con su vecino y donde la presencia de su semejante es señal de batalla.

El deseo de fundamentar un sistema privilegiado o, tal vez, la excesiva presunción según la cual seríamos capaces de penetrar los secretos de la naturaleza hasta en las fuentes mismas de la existencia, han llevado a muchas indagaciones estériles y han dado lugar a numerosas suposiciones irracionales. Entre las diversas cualidades que la humanidad posee, uno escoge una o varias en particular, fundamenta una teoría y construye un relato sobre lo que era el hombre en un estado de naturaleza imaginario, olvidando que siempre se ha dejado ver mediante la observación y los testimonios de la historia.

En cualquier otra materia, sin embargo, el historiador natural, al no conformarse con teorías, se considera comprometido a coleccionar datos. Cuando se trata de una especie animal en particular, presupone que sus instintos y aptitudes actuales son los que tenían originariamente, y que su modo de vida, la cual observamos, es la continuación de su primer destino. Admite que su conocimiento del sistema material del universo consiste en una colección de hechos o, a lo más, en teorías generales surgidas de observaciones particulares y experimentos. El hombre, en aque-

llo que lo concierne personalmente, en lo que en cierta manera considera más importante o más fácilmente reconocible, sustituye la realidad por hipótesis y confunde lo que es imaginación y poesía con lo que es ciencia y razón.

Sin ir más allá en nuestras discusiones sobre cuestiones morales o físicas relativas a la naturaleza y al origen de nuestro conocimiento, sin querer disminuir el mérito de una sutileza que pretendiera analizar cada sentimiento y remontar cada modo de ser hasta su origen, podemos afirmar con toda certeza que el principal objeto de nuestro estudio es el carácter del hombre, tal como existe ahora. Es cierto que las leyes de su naturaleza física y moral de las que depende su felicidad, así como los principios generales relativos a estos objetos y a cualquier otro, sólo serán útiles si se basan en una adecuada observación, si nos llevan al descubrimiento de consecuencias importantes y si nos permiten actuar satisfactoriamente cuando aplicamos esas facultades físicas o intelectuales de la naturaleza a los objetos y fines de la vida humana.

Cuando los relatos procedentes de cada rincón de la tierra, de los más antiguos a los más recientes, concuerdan en representar a la especie humana siempre reunida en grupos y en compañías, al individuo siempre ligado por afecto a un grupo y a veces enfrentado a otro, siempre ocupado en recordar el pasado y en prever el futuro, inclinado a comunicar sus propios sentimientos y a interesarse en los de los demás, hay que admitir necesariamente esos hechos como la base de todas nuestras especulaciones sobre el hombre. Su igual disposición para amar u odiar, su raciocinio, su uso del lenguaje y de sonidos articulados, como la forma y la posición erecta de su cuerpo, deben considerarse como uno de los tantos atributos de su naturaleza; deben tenerse en cuenta en su descripción, tal como las alas del águila y las zarpas del león, tal como los diversos grados de vigilancia o de velocidad, de timidez o de fiereza merecen encontrar un lugar en la historia natural de los animales.

Si uno se pregunta de qué sería capaz la mente humana abandonada a sí misma y sin ninguna ayuda exterior, la respuesta la encontraremos en la historia de la humanidad. Es probable que los experimentos tan útiles para establecer los principios de otras cien-

cias no podrían enseñarnos nada importante o nuevo en esta materia; debemos inducir la historia de cada ente activo y de su comportamiento real en la situación por la cual fue formado, y no de las apariencias que revelaría en circunstancia hipotética y fuera de lo común; así, un hombre salvaje capturado en los bosques, donde siempre hubiera vivido aislado de su especie, es por tanto un caso aislado, no representa la generalidad de los casos. La anatomía del ojo que nunca ha recibido impresiones luminosas, la del oído que nunca ha percibido vibraciones sonoras, pondría probablemente en evidencia defectos en la estructura interna de esos órganos que no fueron empleados para sus funciones específicas. Esos casos particulares sólo nos mostrarían hasta qué grado pueden existir las facultades de percepción y de sensibilidad cuando no se han ejercitado y cuáles serían los defectos e ingenuidades de un corazón que nunca hubiera sentido las emociones que despierta la vida en sociedad.

La humanidad debe considerarse en grupos, como siempre ha existido. La historia del individuo es sólo un detalle en el conjunto de los pensamientos y sentimientos que el hombre ha desarrollado a través del contacto con sus semejantes; y cada experimento en esta materia debe hacerse considerando sociedades completas, no individuos aislados. Sin embargo, supongamos que se hace este experimento con una colonia de niños aislados desde pequeños y formados en una sociedad aparte, sin instrucción ni disciplina; entonces asistiríamos a la repetición de algo que ya habría sucedido por todas partes en el mundo. Los miembros de esta pequeña sociedad experimental se alimentarían y dormirían juntos, se agruparían y jugarían, elaborarían un lenguaje propio, se pelearían y formarían bandos; cada miembro sería para los otros el primer objeto de sus preocupaciones. En el ardor de sus amistades y luchas, no tomarían en consideración su riesgo personal y pondrían en un segundo plano el cuidado de su propia conservación. ¿No ha sido la raza humana establecida en el mundo como esta colonia? ¿Quién ha dirigido su rumbo? ¿Qué enseñanzas ha recibido? ¿Qué ejemplos ha tenido que seguir?

La naturaleza ha dado a cada especie animal sus modos de vida y sus aptitudes y se da por hecho que ha tratado por igual a la es-

pecie humana. El historiador natural que quisiera coleccionar todas las propiedades de las especies puede, hoy más que nunca, completar cada apartado. Sin embargo, hay una propiedad particular al hombre que ha sido casi siempre omitida en la exposición de su naturaleza o que, más bien, ha sido fuente de errores. En otras especies animales, el individuo crece de la niñez a la madurez; en el espacio de una existencia única llega a la perfección de lo que le ha dado la naturaleza; pero, en el género humano, tanto las especies como el individuo tienen su progreso; edifican el futuro sobre los cimientos del pasado y, sucesivamente, llegan a un grado de perfección en el uso de sus facultades, que no es más que el producto de una larga experiencia y de los esfuerzos combinados de varias generaciones. Observamos el camino que ha recorrido, distinguimos claramente una gran parte de sus pasos y podemos remontar sus huellas hasta la Antigüedad; pero no queda ningún testimonio, ningún monumento histórico que pudiera hablarnos de los comienzos de esta maravillosa historia. De eso, resulta que en lugar de poner atención a las particularidades de nuestra especie, sobre las cuales existen referencias avaladas por las fuentes más fidedignas, nos esforzamos por rastrear su evolución a través de tiempos y escenarios desconocidos. Y, en lugar de suponer que nuestra historia fue al comienzo casi idéntica a lo que es hoy, nos creemos autorizados a considerar todas las circunstancias de nuestra condición y de nuestras maneras de ser actuales como artificiales y extrañas a nuestra naturaleza. En consecuencia, se han descrito mediante una riqueza de la imaginación los progresos de la humanidad, desde un supuesto estado de sensibilidad animal hasta el logro de la razón, el uso del lenguaje y el hábito de vivir en sociedad. Se han subrayado sus etapas con tanta audacia inventiva que quisiéramos admitir como testimonios de la historia esos sortilegios de la fantasía e, incluso, reconocer como modelo de nuestra naturaleza original la de ciertos animales cuya forma tendería con la nuestra grandes semejanzas¹.

¹ Rousseau, *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes* [Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres]. [N. de la T.: Jean-Jacques Rousseau]

Sería ridículo alegar, como si fuera un descubrimiento, que la especie del caballo probablemente nunca fue la misma que la del león; sin embargo, contrario a lo que han expuesto escritores eminentes, estamos obligados a reconocer que los hombres, entre los animales, siempre han aparecido como una raza superior y diferente; que, a pesar de la posesión de órganos similares, de algún parecido de figura, del uso de la mano² y de su relación de vecindad con alguna especie, ninguna de ellas ha llegado a confundir su naturaleza o su industria con la del hombre; que, incluso en su estado más primitivo, siempre ha sido superior a los otros animales y que, aun en una extrema degeneración, nunca ha descendido a su nivel. En resumen, es un hombre en cualquier situación que sea, y no podemos aprender nada sobre su naturaleza por la vía de la analogía. Si queremos conocerlo, debemos estudiar el contenido de su existencia así como las normas de su conducta. En él, la sociedad se revela tan antigua como el individuo y el uso de la lengua tan universal como el de la mano o el del pie. Si existió un tiempo en el que tuvo que conocer a su semejante y adquirir sus facultades, es una época de la que no existen testimonios y para la cual nuestras opiniones no interesan y no están respaldadas por la evidencia.

Muchas veces, nos dejamos llevar hacia esas regiones sin que la ignorancia y la conjetura pongan límites a una imaginación que se complace en inventar, más que en simplemente retener, las imágenes que se presentan ante ella; somos víctimas de una curiosidad que pretende suplir todos los errores de nuestro conocimiento y que, al rellenar algunas lagunas de la historia de la naturaleza, procura llevar nuestra capacidad de comprensión tan cerca como sea posible del origen de la existencia. Sobre la base de algunas observaciones, nos apresuramos en suponer que el secreto será pronto revelado y que lo que se llama *sabiduría* en la naturaleza

(1712-1778), reconocido filósofo nacido en Ginebra y muerto en Francia, autor también de la obra *Du contrat social ou principes de droit politique* (1762) (*El contrato social o Principios de derecho político*).

² *Traité de l'esprit*. [N. de la T.: Ferguson se refiere a *De l'esprit* (1758) (*Del espíritu*), obra del filósofo francés Claude-Adrien Helvétius (1715-1771).]

puede explicarse por el juego de las fuerzas físicas. Olvidamos que esas fuerzas físicas, en la continuidad de su acción y orientadas hacia un sano propósito, constituyen pruebas válidas de un designio gracias al cual deducimos la existencia de Dios y que, una vez admitida esta verdad, ya no es necesario buscar más el principio de la existencia. No nos queda otra cosa más que recoger las leyes establecidas por el autor de la naturaleza; y todos nuestros descubrimientos, desde los más antiguos a los más recientes, sólo nos llevan a percibir un modo de creación o una providencia antes desconocida.

Hablamos del arte como algo distinto de la naturaleza, pero el arte en sí mismo es natural al hombre. El hombre es, en cierta medida, el artífice de su modo de ser y de su fortuna; desde el inicio, está destinado a inventar e idear. Aplica los mismos talentos a una variedad de propósitos y actúa casi de la misma manera en circunstancias muy diferentes. En su afán por mejorar a cada instante su objeto, lleva esta disposición a cualquier parte, sea por las calles de una ciudad populosa, sea por los senderos desiertos de los bosques. Así como parece apto para cualquier situación, es incapaz, por la misma razón, de adaptarse a una sola. Es, al mismo tiempo, obstinado e inconstante; se queja de los cambios sin nunca saciarse con las novedades; eternamente ocupado en reformar, se ata más fuertemente a sus errores. Si vive en una cueva, la transforma pronto en choza; si llega a edificar algo, querrá levantar más construcciones. Pero no propone cambios rápidos y apresurados, sus pasos son lentos y progresivos, y su fuerza, como la potencia de un resorte, somete en silencio todo lo que se le resiste; el efecto se produce a veces antes de percibirse la causa; y, a pesar de su talento para hacer proyectos, termina su empresa muchas veces antes de trazar el plan. Parece igualmente difícil retrasar o acelerar su ritmo; si el constructor de proyectos se queja de su lentitud, el moralista lo acusa de inestabilidad; pero, con movimientos apresurados o tardíos, el aspecto de los asuntos humanos no deja de cambiar continuamente de dirección bajo sus manos. Su insignia es un río que corre, no una laguna estancada. Podemos querer llevar hacia su propio objetivo su pasión de perfec-

cionamiento, podemos desear encontrar más estabilidad en su conducta; pero querer que ponga término a su trabajo y que se sienta a descansar sería desconocer la naturaleza humana.

En cada circunstancia, las ocupaciones de los hombres revelan su libertad de elección, la diversidad de sus opiniones y la multiplicidad de las necesidades que los incentivan, pero en cada situación se alegran o sufren con la misma sensibilidad o dureza. Viven en las costas del mar Caspio o del Atlántico de manera diferente, pero con igual facilidad. Aquí, parecen incrustados al suelo, destinados a la vida sedentaria y a fundar ciudades; los nombres que dan a una nación y a su territorio son los mismos. Allá, se parecen a los animales nómadas, dispuestos a errar sobre la faz de la tierra en búsqueda de nuevos pastos y estaciones más favorables y a seguir al sol en su curso anual.

El hombre encuentra su alojamiento en una cueva como en una casa o un palacio y su subsistencia en la recolección en los bosques, en los productos de la ganadería o en los de la agricultura. Admite las distinciones de rango, equipaje y atuendo; idea sistemas generales de gobierno y complicados cuerpos de leyes; o bien, desnudo en el bosque, no reconoce otra superioridad que la fuerza de su cuerpo y la sagacidad de su mente, ninguna otra regla de conducta que no sea de su elección, ningún otro vínculo con sus semejantes que el afecto, el amor a la compañía y el deseo de seguridad. Susceptible de una infinidad de actividades, no depende de ninguna en particular para su supervivencia; cualquiera que sea el grado de su artificio, parece disfrutar de las comodidades ligadas a su naturaleza y haber encontrado la condición a la que estaba destinado. El americano de las orillas del Orinoco³ encuentra en el árbol que ha escogido para retirarse y albergar a su familia un alojamiento cómodo; y los muebles, los domos y las columnas no vuelven más felices a sus moradores.

³ Lafitau, *Mœurs des sauvages*. [N. de la T.: Joseph François Lafitau (1681-1746) fue un misionero jesuita nacido en Burdeos y enviado a Canadá, cuya experiencia le llevó a escribir *Mœurs des sauvages américains comparés aux mœurs des premiers temps* (1724), obra ampliamente citada por Ferguson.]

Entonces, si nos preguntan dónde está el estado de naturaleza, contestaremos que está aquí; y no importa si nos referimos a la isla de Gran Bretaña, al cabo de Buena Esperanza o al estrecho de Magallanes. En cualquier lugar donde el hombre activo ejerce sus talentos y transforma el medio que lo rodea, estamos ante situaciones igualmente naturales. Si alguien objeta que el vicio es contrario a la naturaleza, contestaríamos que es algo peor: es necedad y perversidad. Pero si la naturaleza es sólo opuesta al arte, preguntaríamos a su vez en qué estado de la raza humana no se perciben las huellas del arte. En la condición salvaje como en la del ciudadano se atestigua la invención humana; ninguna etapa es definitiva, cada una es un momento diferente que este ser viajero debe recorrer. Si el palacio está lejos de la naturaleza, también lo está la choza; y los refinamientos políticos más elaborados, los sistemas de moral más elevados no son más que un artificio como las primeras demostraciones de la razón y del sentimiento.

Si admitimos que el hombre es perfectible y posee en sí mismo un principio de progreso y un deseo de perfección, parece entonces inadecuado decir que ha dejado el estado de naturaleza cuando ha empezado a desarrollarse, o cuando ha encontrado un estado para el cual no estaba preparado, ya que, como el resto de los animales, solamente sigue las disposiciones y utiliza los medios que le ha dado la naturaleza.

Los últimos esfuerzos de la invención humana no son más que la continuación de ciertos procesos utilizados en las primeras edades del mundo y en el estado más rudo de la humanidad. Los proyectos y las observaciones de los salvajes en el bosque son los primeros pasos que han llevado a naciones más avanzadas a pasar de la construcción de una casa a la de un palacio y que han guiado la mente humana desde las impresiones primeras de los sentidos a las conclusiones generales de la ciencia.

En toda circunstancia, los defectos reconocidos son para el hombre una materia de desagrado. La ignorancia y la imbecilidad son objeto de desprecio; la inteligencia y la buena conducta dan prestigio y proporcionan estima. ¿Adónde conducen tales ideas, tales disposiciones? Hacia un progreso, sin duda, en el que el salvaje tan-

to como el filósofo están comprometidos; en el que caminan con un paso desigual, pero para el cual pretenden el mismo objetivo. La pasión de Cicerón por la literatura, la elocuencia y los honores* no es más real que la de un escita para otras tantas cualidades similares a las cuales podía aspirar: «De lo que podría presumir, dice un príncipe tártaro⁴, es de la sabiduría que he recibido de Dios; pues, por una parte, nadie me supera en el arte de la guerra, en el despliegue de los ejércitos de infantería o de caballería y en dirigir los movimientos de grandes o pequeños cuerpos; y, por otra parte, poseo el talento de escribir, sólo inferior, quizá, al de los habitantes de las grandes ciudades de India o Persia. De las otras naciones, que no conozco, no me atrevo a hablar».

El hombre puede equivocarse sobre el fin que persigue, hacer mal uso de su trabajo, de su inclinación a perfeccionarse. Al tomar en consideración errores de esta índole, podría encontrar una norma con la cual evaluar sus propios actos y alcanzar lo mejor de su propia naturaleza, pero no sería, quizá, en la conducta de un individuo, ni de una nación, ni tampoco en el consenso de la mayoría, ni en la opinión predominante de su especie. Es en las concepciones más perfectas de su entendimiento, en los mejores impulsos de su corazón, que podría descubrir entonces lo que es la perfección y la felicidad de la que es capaz. Gracias al estudio de él mismo, el hombre aprenderá que el verdadero estado de su naturaleza, tomado en este sentido, no es una situación de la que la humanidad haya estado apartada desde siempre, sino algo que puede alcanzarse; y que ese estado no es anterior al ejercicio de sus facultades, sino que, al contrario, ha sido pensado para su correcta aplicación.

De todos los términos que empleamos al tratar de los asuntos humanos, los de *natural* y *antinatural* son los menos precisos en su significado. Lo natural, como lo opuesto de engreimiento, arrogancia o de cualquier otro defecto del carácter o temperamento,

* Ferguson hace referencia a «civil accomplishments», que aquí se traduce como honores, siguiendo el *cursus honorum* del léxico de Cicerón. [N. de la T.]

⁴ Abulgaze Bahadur Chan, *History of the Tartars*.

es un término de elogio; pero empleado en el sentido de procedimiento, de una conducta que emana de la naturaleza del hombre, ya no significa nada, pues todas las acciones humanas son el resultado de su naturaleza. A lo más, esta manera de hablar permite referirse al sentido o al uso más general. Sin embargo, el propósito de todo estudio importante en esta materia podría ser alcanzado mejor por el empleo de un lenguaje familiar y a la vez más preciso. ¿Qué es lo justo o lo injusto? ¿Qué significa bien o mal en las conductas humanas? ¿Qué, en cualquier situación, es favorable o adverso a sus complacientes cualidades? Ésas son preguntas por las que podemos esperar una respuesta satisfactoria. Pero, cualquiera que haya sido el estado original de nuestra especie, es más importante para nosotros conocer las condiciones a las que aspiramos que aquellas que, supuestamente, nuestros antepasados han abandonado.

SECCIÓN II

DE LOS PRINCIPIOS DE AUTOCONSERVACIÓN

Existen en la naturaleza humana cualidades que la distinguen de cualquier otra criatura animal y esta misma naturaleza difiere en relación a los diversos climas y épocas. Si somos capaces de explicar esta diversidad con principios físicos y morales, realizaremos un trabajo de gran interés y de probada utilidad. Conviene, sin embargo, tomar en consideración las cualidades universales de nuestra naturaleza antes de examinar sus variedades o de intentar explicar las diferencias que resultan del reparto desigual o del diferente uso de las disposiciones y facultades que, hasta cierto punto, son comunes a toda la humanidad.

El hombre, como cualquier animal, tiene ciertas inclinaciones instintivas que, previamente a la percepción del placer o del dolor, previamente a la experiencia de lo nocivo o útil, lo llevan a realizar actos que lo conciernen a él o a sus semejantes. Algunas de esas disposiciones tienen como objeto su conservación animal y la continuidad de su raza; otras lo encaminan hacia la sociedad

y a tomar partido por una tribu o por una comunidad y frecuentemente lo conducen al conflicto y a la guerra contra el resto de los hombres. Su capacidad de discernimiento y sus facultades intelectuales que, bajo el nombre de *razón*, se diferencian de cualquier aptitud análoga en los otros animales, se relacionan con los objetos que lo rodean y que son motivo tanto de conocimiento como de aprobación o censura. El hombre está hecho no solamente para conocer, sino también para admirar o despreciar y los procesos de su mente tienen una relación esencial con su propio carácter y con el de sus semejantes, que son los sujetos a los cuales se refiere principalmente cuando discierne lo que es justo de lo que es injusto. El hombre disfruta de la felicidad dentro de ciertas condiciones precisas y determinadas; y sea como individuo o como miembro de una sociedad civil, debe utilizar un camino particular para alcanzar las ventajas de su naturaleza. Con todo eso, es altamente susceptible de adquirir hábitos y puede, con perseverancia y práctica, llegar a reducir, fortalecer o incluso diversificar sus talentos y sus aptitudes, hasta el punto en que se convierta, en gran medida, en el árbitro de su propio rango en la naturaleza y en el autor de todas las variedades que podemos observar en la historia actual de su especie. Por tanto, si queremos tratar cualquier parte de esta historia, los rasgos característicos y universales a los cuales nos hemos referido deben ser el principal tema de nuestra atención. No sólo requieren que los señalemos, sino que es preciso que los examinemos por separado.

Mientras actúan en forma de impulsos instintivos, las disposiciones que tienden a la conservación del individuo presentan bastantes similitudes entre el hombre y el animal. Pero, en el hombre, tarde o temprano, se combinan con la reflexión y la previsión; hacen surgir ideas relativas al tema de la propiedad y lo familiarizan con ese objeto de cuidado que él llama su interés. A falta de los instintos que enseñan al castor y a la ardilla, a la hormiga y a la abeja a hacer pequeñas provisiones para el invierno, el hombre, poco previsor por naturaleza y propenso a la pereza si es que no tiene una pasión inmediata, se convierte al paso del tiempo en un gran modelo de previsión entre todos los animales. Encuentra en

la acumulación de riqueza, que probablemente nunca empleará, el objeto de su mayor solicitud y el principal ídolo de su mente. Percibe una relación entre su persona y su propiedad, que transforma lo que considera suyo en una parte de sí mismo, que constituye su rango, su condición y su carácter, y la cual, independientemente de cualquier deleite verdadero, lo hace feliz o desgraciado; por la cual, independientemente de cualquier mérito personal, se convierte en un objeto de consideración o de desprecio; y por la cual se siente estimado o agraviado, aun cuando su persona está a salvo y todas las necesidades de su naturaleza están completamente satisfechas.

Desde esta perspectiva, mientras que las otras pasiones actúan ocasionalmente sobre los hombres, las pasiones interesadas se convierten en el objeto de sus cuidados habituales. Los llevan a cultivar las artes mecánicas y el comercio; los empujan a infringir las leyes de la justicia; y, cuando la corrupción alcanza su último grado, ellas se vuelven el precio del honor prostituido y la norma de sus opiniones sobre lo justo y lo injusto. Bajo su influencia, los hombres entrarían, si no fueran sometidos a las leyes de la sociedad civil, en un mundo de violencia y de maldad que mostraría nuestra especie bajo un aspecto más terrible y odioso, más vil y despreciable que el de cualquier animal de los que habitan la tierra.

Aunque el motivo del interés se funda en la experiencia de las necesidades y apetencias físicas, su objeto no es satisfacer un apetito en particular, sino asegurar los medios de satisfacerlos todos; reprime frecuentemente los mismos deseos que lo producen de un modo más poderoso y más severo de lo que harían la religión o el deber. Tiene su origen en los principios de conservación del hombre, pero es una corrupción o al menos una consecuencia parcial de esos principios, y en muchas ocasiones es incorrecto denominarlo *amor propio*.

El amor es un sentimiento cuyo objeto está más allá de uno mismo; posee un atributo que llamamos ternura y que nunca puede asociarse a consideraciones de interés. Este afecto, que suscita complacencia y satisfacción continua hacia su objeto, es independiente de cualquier suceso exterior. Ofrece, en medio de los

disgustos y las tristezas, unos placeres y satisfacciones que no conocen aquellos que sólo se guían por simples consideraciones de interés; y, en todo caso, es completamente distinto de los sentimientos que experimentamos hacia el éxito personal o la adversidad. Pero, mientras que el cuidado con el cual uno vela por sus propios intereses y el afecto que nos lleva a preocuparnos por los intereses de los otros pueden tener efectos similares —los primeros sobre su propia fortuna y los otros sobre la de su amigo—, sucede que a veces confundimos los principios que nos impulsan a actuar: suponemos que son de la misma clase, aunque se refieren a distintos objetos. Sin embargo, utilizar impropriamente la palabra *amor* para expresar el egoísmo no sólo es abusar de los términos, sino que, en cierta manera, es degradar nuestra naturaleza al ceñir el propósito de un supuesto amor personal a asegurar y acumular las cosas que constituyen el interés, o al reducirlo a los medios de una vida meramente animal.

En cierto modo es sorprendente que, a pesar de que los hombres se estiman principalmente por las cualidades de su alma o por su saber o ingenio, su valor, generosidad u honor, consideremos como altamente interesados y preocupados por sí mismos a aquellos hombres que consagran todos sus cuidados a la vida animal, sin preocuparse por hacer de esa vida un objeto digno de atención. No obstante, resulta difícil entender por qué una mente noble, decidida y generosa no debería ser reconocida como formando parte del hombre mismo, de la misma manera que su estómago o su paladar y mucho más que sus bienes o su vestimenta. El epicúreo, que consulta a su médico sobre la forma de vigorizar su gusto debilitado y aumentar las sensaciones de placer por la comida, debería, sin duda, tener la misma consideración hacia sí mismo y consultarlo para saber cómo reforzar su cariño por un padre, un hijo, por su país o por la humanidad. Es probable que una apatencia de este tipo pudiera resultar una fuente de satisfacción, al menos tan vital como la del apetito.

No obstante, al adoptar esos principios supuestamente personales, excluimos de entre los objetos dignos de nuestros cuidados personales varias de las más afortunadas y respetables cualidades

de la naturaleza humana. Consideramos el afecto y el valor como simples locuras que nos llevan a descuidarnos o a exponernos; hacemos que la sabiduría consista en cuidar nuestro interés; y, sin explicar lo que significa el interés, lo establecemos como el único motivo razonable de toda conducta hacia los hombres. Existe incluso un sistema de filosofía basado en principios semejantes, y tal es nuestra opinión acerca de la influencia de los principios egoístas sobre la acción humana que la consideramos como una propensión sumamente peligrosa para la virtud. Pero los errores de este sistema no radican tanto en los principios generales como en sus aplicaciones particulares; menos en el hecho de enseñar a los hombres a considerar todo en relación con ellos mismos que en llevarlos a olvidar que sus sentimientos más meritorios, su integridad y su independencia de criterio son, en realidad, parte de ellos mismos. Los adversarios de esta filosofía del egoísmo, que hace del amor propio la pasión dominante de la humanidad, tienen razón al no cuestionar las representaciones generales de la naturaleza humana, sino más bien la pretensión de llamar descubrimiento científico a una simple alteración del lenguaje.

Cuando el vulgo habla de los diferentes motivos que lo llevan a actuar, se conforma con palabras ordinarias que se refieren a distinciones obvias y conocidas. Tales son los términos de *benevolencia* y de *egoísmo*; el primero expresa el sentimiento de amistad; el segundo, el de su interés. Los especuladores no siempre quedan satisfechos con este procedimiento; analizan y enumeran los principios de la naturaleza; y, simplemente por dar la apariencia de algo nuevo, sin utilidad real, intentan cambiar el sentido común de las palabras. En el supuesto que nos ocupa, han encontrado que la benevolencia no es más que una forma de amor propio; por eso, quisieran obligarnos a encontrar, si es posible, nuevos términos para distinguir el interés egoísta del padre que cuida de su hijo del interés egoísta que muestra cuando sólo se ocupa de sí mismo. En efecto, según ese sistema, el hombre sólo desea satisfacer sus propios gustos; se muestra, en ambos casos, igualmente interesado. Por otra parte, el término *bondadoso* no se emplea para referirse a una persona que no tiene interés hacia sí mismo, sino

a una persona cuyo interés personal es procurar el bienestar de los otros. El hecho es que necesitaríamos nuevas palabras para reemplazar las que perderíamos con este supuesto descubrimiento, si no no podremos establecer nuestros razonamientos como se hizo en el pasado. Pero ciertamente es imposible vivir y actuar con los hombres sin emplear términos diferentes para distinguir al humanitario del cruel y al benévolo del egoísta.

Estos términos tienen su equivalente en todas las lenguas; fueron inventados por hombres sin refinamiento, que sólo querían expresar lo que percibían con claridad o sentían con fuerza. Y aun cuando los hombres que especulan llegaran a probar que según su punto de vista somos egoístas, de ello no se desprendería necesariamente que lo fuéramos para el vulgo. Ser condenado a actuar siempre por motivos de interés, avaricia, pusilanimidad y cobardía, sería la conclusión a la que el hombre común podría llegar, ya que es así como se entiende el significado corriente de egoísmo en el carácter del hombre.

Se dice a veces que un afecto o una pasión inspiran interés por su objeto; y la humanidad misma pone interés en el bienestar de la raza humana. El término *interés*, que comúnmente no significa más que el amor a lo suyo, se emplea a veces en el sentido de utilidad en general, y ésta por felicidad, de modo que con estas ambigüedades no es sorprendente que seamos aún incapaces de determinar si el interés designa el único motivo de la acción humana o el principio por el cual es posible distinguir lo que es el bien de lo que es el mal.

No es por deseo de participar en esta controversia que me he extendido en ese punto, sino simplemente para restringir el significado del término *interés* a su acepción más común y para dar a conocer mi intención de utilizarlo para expresar los objetos de cuidado que se refieren a nuestra condición externa y a la conservación de nuestra naturaleza animal. De esta manera, se entiende que no se puede confinar bajo esta denominación a todos los móviles de la conducta humana. Si no se permite a los hombres mostrar una benevolencia desinteresada, al menos no se les puede impedir que tengan pasiones desinteresadas de otra natu-

raleza. El odio, la indignación y la rabia los impulsan con frecuencia a actuar en contra de sus propios intereses, e incluso a arriesgar sus vidas sin ninguna esperanza de compensación futura, de ventajas o beneficios.

SECCIÓN III

DE LOS PRINCIPIOS DE UNIÓN ENTRE LOS HOMBRES

Los hombres, sean nómadas o sedentarios, en paz o en guerra, siempre han vivido en grupos o colectividades. La razón por la que se reúnen, cualquiera que sea, es el principio de su alianza o unión.

Al recopilar los materiales de la historia, estamos raramente dispuestos a presentar las cosas tal como las encontramos. No queremos preocuparnos por una multiplicidad de detalles minuciosos y de supuestas inconsistencias. En teoría, utilizamos en las investigaciones principios generales; sin embargo, para poner el objeto de nuestras indagaciones al alcance de nuestro entendimiento, estamos dispuestos a adoptar cualquier sistema. Así, al tratar de asuntos humanos, deducimos todas las consecuencias de un principio de unión o de un principio de disensión. El estado de naturaleza es un estado de guerra o de amistad y los hombres están hechos para unirse por un principio de afecto o de temor, según convenga al sistema de los diversos autores. La historia de nuestra especie muestra con profusión que los hombres son, unos para otros, objetos mutuos de amor y de odio; y aquellos que quisieran probar que los hombres vivían originariamente en estado de concordia o de guerra tienen argumentos de sobra para sostener sus afirmaciones. Nuestra adhesión a un partido* o a una secta parece derivarse con frecuencia de la animosidad hacia el lado opuesto; es el caso de ese odio que, a menudo, surge del cielo en

* En el texto original se lee: «Our attachment to one division [...]». Se traduce *division* por partido en el sentido de facción, que es el propio del siglo XVIII tal como lo encontramos en *Du Contrat social (El contrato social)*, de J.-J. Rousseau. [N. de la T.]

defender el bando al que nos hemos afiliado y del deseo de reivindicar los derechos de nuestro partido.

«El hombre ha nacido en sociedad», dice Montesquieu, «y allí permanece». Los atractivos que lo retienen son poderosos. Junto con el amor paternal, que, lejos de abandonar al adulto como sucede con los animales, lo atrae más hacia sí al mezclarse el cariño y el recuerdo de sus primeros afectos, debemos tomar en cuenta la inclinación común al hombre y a los animales de vivir en rebaños y, sin reflexionar, a seguir el tropel de su especie. No sabemos lo que empujó al hombre cuando actuó por primera vez; pero, para los hombres acostumbrados a la sociedad, sus goces y sus desilusiones se consideran como los principales placeres o sufrimientos de la vida humana. La tristeza y la melancolía se relacionan con la soledad; la alegría y el placer con el trato con los hombres. La huella de un lapón en la costa nevada produce alegría al marinero solitario, y los signos mudos de cordialidad y amistad que recibe despiertan en él el recuerdo de los placeres que disfrutó en sociedad. Al fin, dice el autor de un viaje al Polo Norte una vez descrita una escena de este tipo, «después de haber vivido trece meses sin ver criatura humana alguna, sentimos un placer extraordinario al conversar con unos hombres»⁵. Pero no necesitamos recurrir a observaciones tan lejanas para confirmar esta teoría: el llanto de un niño, la tristeza del adulto, cuando están solos, la alegría de vivir de uno y el gozo del otro, cuando vuelven a encontrarse, prueban sobradamente que esta inclinación del hombre es inherente a su naturaleza.

Al analizar los hechos, olvidamos con frecuencia cómo actuamos nosotros mismos; y en lugar de considerar los sentimientos que la presencia de los objetos nos provoca, atribuimos los motivos de la conducta humana a aquellas consideraciones que ocurren en las horas de retiro y en el sosiego de la reflexión. En este estado de ánimo, a menudo, no encontramos nada importante aparte de los propósitos deliberados del interés; y consideramos

⁵ *Collection of Dutch Voyages.*

que una gran obra, como la formación de una sociedad, sólo pudo surgir de profundas reflexiones y mantenerse con la perspectiva de las ventajas que los hombres encuentran en el trato y la ayuda mutua. Pero ni la tendencia a vivir en grupo, ni la consideración de las ventajas que derivan de esta situación engloban la totalidad de los principios por los cuales los hombres se unen. Esos lazos son incluso de una estructura débil cuando se comparan con el ardor decidido con que un hombre se vincula con su amigo o con su tribu después de haber recorrido juntos, por algún tiempo, el camino de la fortuna. Los mutuos descubrimientos de generosidad, las hazañas compartidas estrechan todavía más los lazos de la amistad y encienden en el hombre tal pasión que ni las consideraciones de interés personal ni el peligro pueden apagar. Los triunfos de los objetos de una tierna amistad nos producen los más vivos pasajes de júbilo, la vista de sus infortunios nos lleva a la desesperación. Un indio, que volvió a encontrar inesperadamente a su amigo en la isla de Juan Fernández, se prostró a sus pies: «Contemplamos en silencio esta escena tan tierna, dice Dampier». Lo que se asemeja más a la religión de un indio salvaje, lo que le inspira más devoción, no es su temor al hechicero, ni su fe en la protección de los espíritus del aire o del bosque, sino el ardiente afecto con el que abraza a su amigo, permanece a su lado en los momentos de riesgo e invoca su espíritu desde lejos cuando el peligro lo sorprende en la soledad⁶. Cualquiera que sean las pruebas que podemos disponer sobre la disposición social del hombre en escenas cotidianas y familiares, puede ser de interés deducir nuestras observaciones de los ejemplos de hombres que viven en la más grande sencillez y que no han aprendido a fingir lo que realmente no sienten.

El mero hábito y el simple trato bastan para nutrir el afecto, y la experiencia de la vida en sociedad atrae hacia ella todas las pasiones de la mente humana. Sus triunfos y venturas, sus cala-

⁶ Charlevoix, *History of Canada*. [N. de la T.: Pierre François Xavier de Charlevoix fue un misionero jesuita francés (1682-1761). Es autor también de *Histoire et description générale de la Nouvelle France*].

midades y desesperaciones procuran una fuente de emociones fuertes y diversas que sólo existen en los hombres que viven con sus semejantes. Es en aquel momento que el hombre olvida sus debilidades, sus ansias de seguridad y la necesidad de proveer a su subsistencia y que, empujado por sus pasiones, vuelve a descubrir su fuerza; es en aquel momento que encuentra que sus flechas vuelan más rápido que el águila y que sus armas causan heridas más profundas que la zarpa del león o los dientes del jabalí. No es solamente el deseo de distinguirse entre los miembros de su tribu, ni la certeza de un apoyo cercano, lo que inspira su valor y lo llena de una seguridad que sobrepasa sus fuerzas naturales. Las pasiones vehementes de animosidad o de amistad son las primeras manifestaciones de la fuerza de su alma. Bajo su influencia cualquier consideración, salvo la de su objeto, se desvanece; los peligros y obstáculos lo incitan a actuar.

Esta condición en la cual las fuerzas del hombre se acrecientan es la más favorable a su naturaleza; entonces si el valor es un don de la sociedad al hombre, tenemos razón para considerar su unión con sus semejantes como la parte más noble de su fortuna. De ello deriva no sólo la fuerza, sino también la existencia misma de sus emociones más agradables; el todo de su carácter racional, no sólo la mejor parte. Si llevan a un hombre al desierto y lo dejan solo, se transformará en una planta desarraigada de su suelo; aunque conserve su apariencia, todas sus facultades se alterarán y se perderán; la persona y el carácter humano dejarán de existir.

Los hombres están tan lejos de valorar su sociedad en razón de sus ventajas externas que, por lo común, es cuando esas ventajas son ocasionales que ellos la valorizan más, y le son más fieles cuando el tributo a su fidelidad se paga con su sangre. El afecto actúa con mayor fuerza cuando tropieza con obstáculos más grandes: el corazón de un padre se vuelve más solícito cuando acechan al hijo peligros e infortunios; en el corazón de un hombre, se redobra la llama cuando los sufrimientos de un amigo o las desgracias de su país reclaman su ayuda. En otras palabras, es sólo con este principio que podemos explicar el afecto obstinado de un salvaje hacia su tribu nómada e indefensa, cuando las tenta-

ciones de comodidad y seguridad deberían inducirlo a abandonar el hambre y el peligro por un lugar más próspero y más seguro. De aquí, el amor apasionado que los griegos sentían por su país y el patriotismo fervoroso de los primeros romanos. Debemos comparar esos ejemplos con el espíritu imperante en un estado comercial donde se supone que los hombres han experimentado la amplitud del interés que tienen los individuos en la conservación de su país. Es aquí, en realidad, donde el hombre se muestra a veces indiferente y solitario y donde ha encontrado un motivo de competencia con sus semejantes; trata con ellos de la misma manera que con su ganado o con su tierra, en función de los beneficios que le reportan. Este motor tan poderoso que suponemos ha conformado la sociedad sólo sirve para engendrar la discordia entre los miembros o para mantener su comercio cuando los lazos del afecto se han roto.

SECCIÓN IV

DE LOS PRINCIPIOS DE GUERRA Y DISENSIÓN

«Hay», dice Sócrates, «algunas circunstancias en el destino de la humanidad que nos hacen creer que los hombres están hechos para la concordia y la amistad, tales como son la dependencia recíproca, su mutua compasión, el sentido de beneficios equitativos y los placeres que encuentran en vivir en compañía. Hay otras circunstancias que impulsan al hombre a la disensión y a la guerra, como son la admiración y el deseo que tienen por los mismos objetos, sus pretensiones antagónicas y las provocaciones que avivan con el ejercicio de sus contiendas».

Cuando intentamos aplicar los principios de la justicia natural a la solución de esas cuestiones difíciles, nos damos cuenta de que existen casos que realmente han ocurrido, donde las oposiciones surgen y son legítimas, aun antes de cualquier provocación o acto de injusticia. Vemos que donde la seguridad y la conservación de un grupo de hombres son incompatibles con las de otro grupo, uno puede emplear su derecho a defenderse antes de que

el otro haya empezado el ataque. Y cuando a esos ejemplos añadimos los casos de error y de malentendidos a los cuales los hombres están expuestos, nos convencemos de que la guerra no procede siempre de una intención formal de perjudicar, y que las más altas cualidades del hombre, como su honestidad y su valentía, pueden manifestarse en medio de sus disputas.

Hay algo más que debe tomarse en consideración sobre este tema. El hombre no sólo encuentra en su condición los orígenes de la discordia y de las disensiones; parece tener en su ser las semillas de la animosidad y buscar con ansiedad y placer las ocasiones de conflicto mutuo. En la situación más pacífica, son pocos los hombres que no tienen tanto enemigos como amigos, los que no sienten placer en oponerse a los actos de unos como en favorecer los deseos de otros. Las pequeñas tribus, que en su sociedad doméstica gozan de una unión muy firme, se encuentran, en tanto que naciones separadas, en un estado de conflicto e investidas con frecuencia del odio más implacable. A los ojos de los ciudadanos de Roma, en los inicios de la República, el nombre de extranjero y el de enemigo eran sinónimos. Entre los griegos, el nombre de bárbaro, bajo el cual se incluía todo lo que no era de raza griega y hablaba una lengua diferente, se convirtió en un término de aversión y de desprecio indiscriminado. La repugnancia a unirse, las guerras frecuentes, o más bien las hostilidades eternas que perduran entre las naciones incivilizadas y los clanes separados, muestran el grado en que nuestra especie está naturalmente dispuesta tanto para el conflicto como para la concordia.

Los últimos descubrimientos han traído a nuestro conocimiento casi todas las situaciones en las que los hombres pueden encontrarse. Los vemos que ocupan inmensos continentes donde las comunicaciones no ofrecen dificultades y donde confederaciones podrían establecerse fácilmente. Los vemos en pequeños espacios delimitados por montañas, grandes ríos o por brazos de mar. Están en pequeñas islas remotas donde los habitantes podrían reunirse fácilmente y sacar ventaja de su unión. Pero, en todos los casos, están divididos en cantones que se distinguen por nombres y comunidades. Los títulos de *ciudadano* y *compatriota*, si no tu-

vieran que oponerse a los de *emigrado* y *extranjero*, a los cuales se refieren, caerían en desuso y perderían su significado. Amamos a los individuos por sus cualidades personales, pero amamos a nuestro país porque forma parte de la humanidad; y nuestro celo por sus intereses no es más que predilección por lo que defendemos.

En la mezcla de los hombres reunidos escogemos libremente nuestra compañía. Nos apartamos de los que no congenian con nosotros y nos acomodamos con aquellos que son más compatibles con nuestras aspiraciones. Buscamos las distinciones bajo las denominaciones de facciones y partidos, y nos ponemos en situación de conflicto sin motivo particular de controversia. La animosidad, como el afecto, se nutre de mirar siempre en la dirección de su objeto. La separación y el alejamiento, así como la oposición, crean una brecha que no tiene su origen en una ofensa cualquiera. Y parece que mientras la especie humana no se haya reducido a la condición de familia, mientras no hayamos encontrado un factor exterior que pudiera mantener juntos a los hombres en unidades mayores, estarán siempre separados en bandos y formarán una multiplicidad de naciones.

El sentido de un peligro común y los ataques del enemigo han sido a veces útiles a las naciones, al unir a sus miembros con más fuerza y al prevenir las escisiones y las separaciones que, sin eso, hubieran sido sin duda el desenlace de su discordia interna. Este motivo de unión que procede de fuera puede ser saludable no sólo para las naciones grandes y extensas donde las coaliciones se debilitan por las distancias y la separación en provincias, sino incluso para las sociedades más estrechas y los Estados más pequeños. Roma misma había sido fundada por un pequeño grupo de hombres que venían de Alba. Sus ciudadanos estaban continuamente en peligro de separarse. Y si el pueblo Volco no hubiera estado tan cerca del escenario de sus luchas, el Monte Sagrado hubiera podido recibir una nueva colonia antes de que la Metrópolis estuviera preparada para tal pérdida. Roma soportó durante mucho tiempo las luchas entre los nobles y la plebe; y, muchas veces, mantuvo abiertas las puertas de Jano para recordar a los habitantes lo que debían en común a su patria.

Si las sociedades, tanto como los individuos, se encargan de cuidar su propia conservación y si, en unas como en los otros, percibimos distinciones de interés que dan lugar a celos y rivalidades, no debería sorprendernos ver que las hostilidades nacen de la misma fuente. Pero si a las animosidades que nacen de los conflictos de interés no se unen pasiones de otro tipo, éstas pierden importancia. «Las naciones de los hotentotes», dice Kolben, «se roban unos a otros a sus mujeres y a su ganado, pero esas violencias muy pocas veces se cometen sin otro motivo que el de exasperar a sus vecinos y llevarlos a la guerra». Tales pillajes, por tanto, no son el motivo de la guerra, sino los efectos de una intención hostil preconcebida. Las naciones de América, que no tienen ganado que cuidar ni emplazamientos que defender, viven en un estado de guerra casi perpetua, sin que tengan otras razones que el punto de honor y el deseo de continuar las luchas que sostuvieron sus padres. No tienen ningún interés en los bienes de sus enemigos, y el guerrero que ha logrado algún botín lo comparte fácilmente con la primera persona que encuentra en su camino.

Pero no se necesita cruzar el Atlántico para encontrar las huellas de la animosidad y para observar, en el enfrentamiento entre sociedades separadas, la influencia de pasiones violentas que surgen de un conflicto de intereses. De todas las particularidades del carácter humano, no hay, en la parte del globo que habitamos, ningún rasgo más evidente que éste. ¿Cuál es esa emoción que agita el corazón de los hombres cuando se mencionan los enemigos de su patria? ¿De dónde surgen los prejuicios que subsisten entre las diferentes provincias, cantones y pueblos de un mismo imperio, de un mismo territorio? ¿Qué es lo que azuza una mitad de Europa contra la otra? El hombre político encuentra en el celo nacional y en el motivo de seguridad cómo explicar su conducta, pero el pueblo tiene prevenciones y antipatías para las que no tiene explicación. Los mutuos reproches de traición y de injusticia son, como los robos de los hotentotes, tan sólo síntomas de una agresividad preexistente y la expresión de una disposición hostil. La aversión genera acusaciones de cobardía y pusilanimidad, esos vicios que un enemigo quiere encontrar en su rival, y esas acusa-

ciones que son fuente de desprecio lo llenan de odio. Ve a los campesinos de los dos lados de los Alpes, de los Pirineos, del río Rin, del Canal de la Mancha, dar salida a sus prejuicios y pasiones nacionales; es ahí donde se encuentran los gérmenes de la guerra y de la disensión, en los cuales el gobierno no quiere participar; es ahí donde se encuentran las primeras chispas de conflictos listas para encenderse, pero que los gobiernos están, con frecuencia, dispuestos a apagar. El fuego no siempre toma la dirección que el hombre de Estado quisiera darle, ni siempre cesa cuando el juego de los intereses ha alentado una alianza. «Mi padre», decía un campesino español, «se levantaría de la tumba si pudiera prever una guerra con Francia». ¿Qué interés tenía él o los huesos de su padre en las luchas de los príncipes?

Estas observaciones parece que humillan a nuestra especie y dan a la naturaleza humana una visión poco favorable. Sin embargo, como lo hemos observado, esas disposiciones no son incompatibles con las cualidades más estimables de nuestra naturaleza y, a menudo, ellas favorecen el ejercicio de nuestras mejores habilidades. Son sentimientos de generosidad y abnegación los que animan al guerrero en la defensa de su país, y son las inclinaciones más favorables a la humanidad las que se convierten en los principios de la hostilidad entre los hombres. Todos los animales tienden a ejercer sus talentos y sus fuerzas naturales: el león y el tigre juegan con su zarpa; el caballo disfruta al exponer su crin al viento y olvida los pastos para probar su velocidad en el campo; el toro, aún antes que su frente esté armada, y el cordero, a pesar de ser el emblema de la inocencia, están predispuestos para atacar con la cabeza, a anticipar en sus juegos los conflictos que están destinados a sostener. También el hombre está inclinado al conflicto y al uso de sus fuerzas naturales contra un adversario de fuerza semejante; quiere poner a prueba su razón, su elocuencia, su valentía, e incluso su fuerza física; sus juegos son, con frecuencia, una parodia de la guerra. En sus esparcimientos, el hombre derrocha libremente su sudor y su sangre; y las heridas y la muerte son a menudo el desenlace de sus fiestas. No está hecho para vivir siempre y su amor al esparcimiento se puede convertir en un camino hacia la tumba.

Sin la rivalidad entre las naciones, sin el ejercicio de la guerra, la propia sociedad civil tendría apenas razón de ser y dificultad de encontrar una forma. Los hombres habrían podido comerciar sin convenciones formales, pero no podrían sentirse seguros sin un acuerdo nacional. La necesidad de una defensa pública ha dado lugar a muchos departamentos de Estado, y los talentos intelectuales de los hombres han encontrado, en el manejo de las fuerzas nacionales, cómo concretar y desarrollar sus cualidades. Imponer respeto, intimidar y emplear la fuerza, cuando la razón y la persuasión no tienen efecto, son ocupaciones que dan a una mente vigorosa la oportunidad de ejercitar su actividad y de alcanzar los más brillantes triunfos. Y el hombre que nunca ha luchado contra sus semejantes desconoce la mitad de los sentimientos de la humanidad.

En realidad, las disputas entre individuos son comúnmente el producto de pasiones desgraciadas y detestables: la malicia, el odio y la furia. Si esas pasiones gobernarán exclusivamente nuestro corazón, el juego de hostilidades se convertiría en objeto de horror; pero una discrepancia común a muchos siempre se temple con pasiones de otro tipo. El afecto y la amistad se mezclan con la animosidad; los hombres activos y bravos se convierten en los guardianes de la sociedad y la propia violencia en ellos no es más que el ejercicio de la generosidad y del valor. Aplaudimos, como efecto del patriotismo o del espíritu de partido, lo que no podríamos tolerar como resultado de una rencilla personal y, en medio de los conflictos entre Estados rivales, sólo vemos en el ejercicio de la violencia y de la astucia la señal enaltecida de la virtud humana para el patriota y el guerrero. Incluso, las oposiciones personales no deben dividir nuestro juicio sobre los méritos de los hombres. Las figuras rivales de Agesilao y Epaminondas, de Escipión y de Aníbal están evocadas con igual admiración; y la guerra misma, que desde un punto de vista parece ominosa, aparece desde otra perspectiva como el ejercicio de un espíritu liberal; sus efectos reales, que lamentamos, no son más que otra enfermedad por la cual el autor de la naturaleza pone fin a la vida humana.

Esas reflexiones nos permiten aclarar nuestra concepción sobre el estado de la naturaleza humana; pero tienden a reconciliarnos con

la conducta de la Providencia, más que hacernos cambiar nuestra propia conducta, cada vez que, para el bienestar de nuestros semejantes, intentamos contener las animosidades y unirnos por los lazos del afecto. Al perseguir este encomiable propósito, podemos esperar desanimar a veces las violentas pasiones de los celos y de la envidia; podemos esperar instaurar en el corazón de los individuos unos sentimientos de benevolencia hacia sus semejantes, de justicia y de humanidad. Pero es inútil pretender dar a un pueblo entero un sentido de unión sin admitir su disposición a la hostilidad hacia los que se le oponen. Si, por casualidad, pudiéramos extirpar en una nación el sentimiento de antagonismo que le inspira el contacto con naciones vecinas, es probable que los lazos de la sociedad se debilitarían, incluso se romperían a la vez que se agotaría la fuente más fecunda de las ocupaciones y virtudes nacionales.

SECCIÓN V DE LAS CAPACIDADES INTELECTUALES

Muchos intentos se han hecho para analizar las disposiciones que acabamos de enumerar. Pero uno de los objetivos de la ciencia, quizás el más importante, se cumple cuando se establece la existencia de una capacidad. Nos interesa su existencia y sus consecuencias más que su origen y la manera en que se formó.

Las mismas observaciones pueden aplicarse a las otras capacidades de nuestra naturaleza. Su existencia y su uso son el principal objeto de nuestro estudio. Pensar y razonar, se dice, son operaciones de una capacidad. Pero ¿qué pasa con esas capacidades de pensar y de razonar cuando no se ejercitan? ¿Y qué diferencia biológica hace que esas capacidades sean desiguales de un individuo a otro? Estas son cuestiones que no podemos resolver. Esas capacidades sólo se conocen por sus operaciones; cuando no se emplean, permanecen escondidas incluso para las personas que las poseen. Y su ejercicio forma parte de su naturaleza de una manera tal que apenas pueden distinguirse del hábito adquirido por su uso frecuente.

Las personas que se interesan en diferentes objetos, que intervienen en diversas áreas, parecen poseer varios talentos, o al menos tener las mismas capacidades convenidas de manera diferente y adaptadas a funciones distintas; de tal manera que parecería que el temple particular tanto de las naciones como de los individuos ha surgido del estado de su fortuna. Por eso, resulta adecuado buscar algunas reglas que permitan juzgar lo que es notable en las aptitudes de los hombres o afortunado en el uso de sus capacidades, antes de pretender hacer un juicio sobre esta parte de sus méritos o antes de intentar medir el grado de respeto que merecen por sus diversos logros.

Recibir informaciones a través de los sentidos es, quizá, la primera función de una naturaleza animal provista de una esencia intelectual; y una de las grandes perfecciones de todo ser viviente consiste en la fuerza y sensibilidad de su organización animal. Los placeres y las penas, a los cuales está expuesto por esta vía, constituyen para él una importante diferencia respecto a los objetos que están en el ámbito de su conocimiento, y debe distinguirlos bien antes de dejarse conducir por su instinto. Debe examinar minuciosamente los objetos que percibe por uno u otro sentido; observar con el ojo antes de arriesgarse a tocar; y emplear cada medio de observación antes de satisfacer sus apetitos de sed y hambre. El discernimiento adquirido por la experiencia se convierte en una capacidad del espíritu humano, y las deducciones del pensamiento no siempre pueden distinguirse de las que provienen de las percepciones de los sentidos.

Los objetos que nos rodean, detrás de sus apariencias específicas, tienen relaciones unos con otros. Cuando los consideramos en su conjunto, surgen ideas que no aparecen cuando los observamos aisladamente; tienen sus efectos y sus influencias recíprocas; en similares circunstancias, exhiben operaciones semejantes y consecuencias uniformes. Cuando hemos encontrado y expresado los puntos en los que consiste su uniformidad, hemos formulado una ley física. Muchas de esas leyes, incluso las más importantes, son conocidas por el vulgo y las percibimos con un mínimo de atención. Sin embargo, otras se esconden detrás de apariencias

confusas, que talentos ordinarios no pueden esclarecer y que, por esa razón, son objetos de estudio y de largas observaciones que exigen una inteligencia superior. Las capacidades de discernimiento y de juicio son para los hombres de acción*, como para los hombres de ciencia, empleadas para hacer frente a las complejidades de este tipo. Lo que determina el grado de sagacidad de uno o del otro es, por un lado, su éxito en descubrir reglas generales, aplicables a una variedad de casos que no parecían tener nada en común, y, por el otro, encontrar distinciones importantes entre los objetos, que el vulgo suele confundir.

El objeto de la ciencia es recopilar una multiplicidad de hechos particulares bajo categorías generales y vincular operaciones diversas a un principio común. Hacer lo mismo, al menos dentro del ámbito de sus propias actividades, incumbe al hombre de acción como al que sólo se ocupa de sus placeres. Parece que el hombre de estudio tanto como el hombre de acción se emplean en la misma tarea: a partir de observaciones y de experiencias intentan encontrar puntos de vista generales a la luz de los cuales considerar los objetos y encontrar las reglas que pueden aplicarse con provecho en la conducta. Ellos no siempre aplican sus talentos a diferentes objetos; y parecen distinguirse, esencialmente, por la variedad y la importancia desigual de sus observaciones o por las intenciones específicas que tienen al reunirlos.

Aunque los hombres se dejan guiar por pasiones y apetitos que los llevan a la consecución de fines externos, pocas veces pierden de vista los detalles de sus objetos para llegar hasta los principios generales. Miden el grado de su habilidad por la prontitud con la que captan todo lo importante de cada objeto y por la facilidad con que se libran de situaciones difíciles. Y, debemos admitirlo, para un ser destinado a luchar contra las dificultades, eso es la mejor prueba de su capacidad y fuerza. Las palabras y los razonamientos

* Ferguson utiliza expresiones tales como *men of business* o *active men* que son traducidas aquí por la idea de acción o de actividad, respetando con ello el núcleo del fundamento antropológico del ilustrado escocés basado en la noción de movimiento. [N. de la T.]

tos que, a veces, dan la apariencia de un profundo saber son de poca utilidad en la conducción de la vida. Los talentos de donde proceden no son más que una simple ostentación; raramente se encuentran en relación con esa superioridad de discernimiento que el hombre activo muestra en los momentos críticos y mucho menos con la intrepidez y la energía mental que son necesarias para superar las dificultades.

Los talentos del hombre activo poseen, sin embargo, una variedad que corresponde a la de los objetos que le preocupan. La sagacidad aplicada a la naturaleza exterior e inanimada desarrolla un cierto tipo de habilidad; orientada hacia la sociedad y los asuntos humanos, genera otra. El prestigio de la habilidad en cualquier asunto es equívoco hasta que sepamos a través de qué medios se ha adquirido. Lo que podemos decir, en el elogio de los hombres dotados de los más grandes talentos, es que conocen bien los temas a los que se han dedicado; y cada empleo, cada profesión, tendrían sus grandes hombres si no hubiera una elección en los objetos del entendimiento y en los talentos de la mente como en los sentimientos del corazón y en los hábitos que forjan el carácter activo.

En realidad, las profesiones más mezquinas olvidan a veces lo que son y al resto de la humanidad y, al querer enaltecer lo que tienen de notable, llegan al punto de arrogarse los calificativos que las profesiones nobles reclaman como símbolo de talento superior. A los ojos de un aprendiz, de un humilde admirador, todo artesano es un gran hombre; y quizá podamos advertir con certeza que aquello que hace a un hombre feliz y amable es respetar sus talentos y admirar su genio. Esto último es tal vez imposible de descubrir con sólo observar los talentos. Sus efectos, sin embargo, pueden proporcionar reglas y normas a nuestro juicio. Ser admirado y respetado es tener prestigio entre los hombres. Los talentos que proporcionan más directamente este prestigio son los que influyen en los hombres, intuyen sus pensamientos, prevén sus deseos o frustran sus designios. El genio superior muestra con gran fuerza el camino hacia donde cada uno quiere ir e indica al hombre indeciso y vacilante un camino seguro para lograr sus propósitos.

Esta descripción no es privativa de ningún oficio, de ninguna profesión en particular. Quizá implica una cierta habilidad universal que la aplicación a profesiones separadas sólo tiende a suprimir o a debilitar. ¿Dónde encontraremos los talentos que son aptos para tratar con los hombres reunidos en un cuerpo colectivo si dividimos ese cuerpo en partes y limitamos la observación de cada una de ellas al estudio de funciones separadas?

Actuar para sus semejantes, abrir su mente con toda claridad, dedicarle todos los ejercicios del pensamiento y de los sentimientos que pertenecen al hombre, como miembro de la sociedad, como amigo o enemigo, parece ser la principal vocación y ocupación de su naturaleza. Si el hombre debe trabajar para poder subsistir, no existe otro propósito mejor que el bien de la humanidad; tampoco existen mejores talentos que los que lo destinan a actuar con los hombres. Aquí, sin embargo, parece que el entendimiento debe mucho a las pasiones; y existe una felicidad en la conducta de los asuntos humanos por la cual es difícil distinguir lo que proviene de la habilidad de la mente de lo que resulta del ardor y de la sensibilidad del alma. Cuando se unen esas cualidades constituyen esa superioridad del temperamento que, según se encuentren más o menos repartidas entre los hombres de una época o de una nación particular, determinan la preeminencia de su genio y le conceden la palma de distinción y de honor, mucho más que los progresos realizados por la humanidad en la especulación o en la práctica de las artes mecánicas y liberales.

Cuando las naciones se suceden en la carrera de los descubrimientos y de las investigaciones, la última es siempre la más instruida. El sistema de las ciencias se forma gradualmente. La tierra misma ha sido recorrida por etapas y la historia de cada época que ha terminado es la aportación de conocimiento para la época siguiente. Los romanos sabían más que los griegos, y no hay hombre de letras en la Europa moderna que no sepa, en cierto sentido, más que los personajes más ilustrados que aquellos dos países hayan jamás producido. Pero ¿podríamos decir que por eso se es superior? ¿Y en qué medida es superior?

Se debe estimar a los hombres no por lo que saben, sino por lo que son capaces de hacer, por su habilidad en adaptar los medios a los numerosos propósitos de la vida, por su vigor y talento en la conducción de los objetos de la política y por encontrar los recursos para la guerra y la defensa nacional. Incluso en literatura deben ser juzgados por las obras de su genio, no por la extensión de sus conocimientos. El campo de las simples observaciones era muy limitado en las repúblicas griegas, y la agitación de una vida activa parecía incompatible con el estudio. Es ahí, sin embargo, que la mente humana desplegó sus más grandes talentos y donde recibió, en medio del sudor y del polvo, sus mejores instrucciones.

En la Europa moderna hay una propensión a dejar una parte muy importante del carácter humano a lo que puede aprenderse de la lectura de los libros. Una admiración por la literatura antigua y la opinión de que el sentimiento y la razón humana habrían desaparecido sin esa ayuda, nos ha llevado a la sombra. Y ahí intentamos derivar de la imaginación y del pensamiento lo que, en realidad, es el fruto de la experiencia y del sentimiento. Tratamos, por medio de la gramática de las lenguas muertas y la tradición de los comentadores, de descubrir las bellezas de un pensamiento y de una elocución que nacieron del espíritu vivificado de una sociedad y que provienen de las impresiones vivas de una vida activa. Con frecuencia nuestros logros no van más allá de los elementos de cada ciencia y rara vez alcanzan esa amplitud de inteligencia y poder que da el conocimiento de las cosas útiles. Como los matemáticos que estudian la geometría de Euclides sin preocuparse jamás por las mediciones, desciframos las sociedades sin proponérsenos tratar con los hombres. Repetimos el lenguaje de políticos, pero no nos impregnamos del espíritu de las naciones; prestamos atención a los detalles de la disciplina militar, pero no sabemos cómo emplear un grupo de hombres para conseguir un objetivo mediante la fuerza o la astucia.

Pero, podríamos agregar, ¿con qué finalidad se subraya un infortunio para el cual no hay remedio? Si los asuntos nacionales requirieran esfuerzos, el genio de los hombres despertaría; pero, a falta de un mejor uso, el tiempo consagrado al estudio, aun cuan-

do no se espera nada de él, sirve al menos para ocupar con inocencia las horas de ocio y poner freno a la búsqueda de entretenimientos frívolos y ruinosos. Por ninguna otra razón empleamos los principales años de nuestra juventud en adquirir, bajo coerción, conocimientos que no se espera que retengamos más allá del umbral de la escuela; y si empleamos, en nuestros estudios, el mismo carácter frívolo que en nuestras diversiones, la mente humana no sufriría tanto por el desprecio por las letras como por la falsa importancia que se les da, al considerarlas como una ocupación esencial de la vida y no como un medio para formar un carácter feliz y útil para los otros.

Si el tiempo ocupado en aflojar las capacidades de la mente, en alejar todos los objetos que no sean los que tiendan a debilitarla o a corromperla, fuera empleado en fortalecer esas capacidades y en acostumar la mente a reconocer sus objetos y sus fuerzas, no nos preocuparíamos, en los años de madurez, por encontrar una ocupación, ni perderíamos nuestros talentos, o lo que nos queda de fuego y de vigor, en los juegos de mesa. Aquellos que, al menos por su condición, participan en el gobierno de su país, pueden creerse capaces de actividad; y mientras el Estado tenga sus ejércitos y sus consejos ellos podrían encontrar materia suficiente para entretenerse, sin exponer su fortuna al azar, simplemente para evitar el aburrimiento de una vida ociosa e inútil. Es imposible mantener siempre el tono de la teoría; es imposible no sentir a veces que vivimos entre los hombres.

SECCIÓN VI DEL SENTIMIENTO MORAL

Una observación superficial sobre lo que pasa en la vida del hombre podría hacernos creer que el principal motivo de las acciones humanas es el cuidado de la subsistencia. A esta consideración le debemos la invención y la práctica de las artes mecánicas; la posibilidad de distinguir los negocios y los placeres; y con mucho, se impone a cualquier otro objeto de atención o de de-

seo. Si sustraemos de la fortuna y de la propiedad el valor que les confiere la vanidad, si eliminamos los privilegios que les otorgan sus lazos con la independencia y el poder, entonces no serán más que una provisión hecha en vista de las necesidades físicas. Pero, si nos apartáramos de este tema, se detendrían los trabajos del artesano y los estudios del sabio; los departamentos de asuntos públicos se volverían inútiles, las asambleas estarían clausuradas y los palacios abandonados.

En este sentido, ¿debe el hombre ser clasificado entre los animales? ¿Se distingue de ellos sólo por las facultades que le permiten multiplicar los mecanismos en apoyo y defensa de la vida animal y por la amplitud de su imaginación que hace de su conservación un objeto más oneroso y más difícil que para los rebaños que comparten con él los dones de la naturaleza? Si éste fuera el caso, la suma de sus pasiones se limitaría a la felicidad que nace del éxito o a las tristezas que surgen de las contrariedades. El torrente que devasta sus propiedades o la inundación que las fertiliza le provocarían las mismas emociones que aquellas que le conmueven frente a una injusticia que perjudica su fortuna o frente a un beneficio que la aumenta y la consolida. La consideración hacia sus semejantes dependería de su vínculo con su propio interés. El beneficio o la pérdida serían para él las únicas marcas distintivas de cada transacción y los calificativos *útil* o *perjudicial* servirían para distinguir a las personas con quienes trata en sociedad, de la misma manera que le sirven para diferenciar el árbol que le da frutos del que sólo sirve para estorbar su tierra u obstaculizar su vista.

Esto no es, sin embargo, la historia de nuestra especie. Lo que proviene de nuestros semejantes se recibe con una atención particular; todas las lenguas tienen numerosos términos que significan algo en las acciones humanas que no aluden a algo favorable o lamentable. A veces, el corazón se apasiona aunque el objeto en sí no tenga nada capaz de entusiasmarlos. Y un asunto muy frívolo se vuelve importante cuando sirve para evidenciar el carácter y las intenciones de los hombres. El forastero que creía que Otello, en escena, estaba furioso por la pérdida de su pañuelo, no estaría más equivocado que el pensador que atribuye algunas de las pa-

siones más vehementes de los hombres a meras impresiones del beneficio o la pérdida.

Los hombres se reúnen para deliberar sobre sus asuntos y se separan por rivalidad de intereses. Pero, de sus numerosos encuentros, como amigos o como enemigos, surge una llama que ni las consideraciones de interés ni las de seguridad logran extinguir. El precio de un favor no se mide cuando es fruto de la amabilidad, y el término *desgracia* significa poco cuando se lo compara con *insulto* o *injusticia*.

Como actores o como espectadores nos encontramos, en todo momento, en condición de sentir diferencias en la conducta humana. La simple evocación de sucesos pasados, que ocurrieron en lugares alejados de nuestro país, nos conduce a la admiración o la piedad, a la indignación o la rabia. Esta sensibilidad es la que, en el retiro, da su encanto a los relatos de la historia y a las ficciones de la poesía. Es ella la que nos hace derramar lágrimas de compasión, que da a la sangre ese movimiento rápido y al ojo esas expresiones animadas de alegría o de disgusto. Es ella la que convierte la vida en un espectáculo interesante, que incesablemente incita a los más indolentes a que tomen partido, en pro o en contra, en lo que sucede frente a ellos. Esta sensibilidad, cuando se combina con la razón y el poder de deliberación, constituye la base de la naturaleza moral. Y, al dictarnos los términos de elogio y desprecio, clasifica a nuestros semejantes y les asigna un rango con las calificaciones de estima y honor, odio y desprecio.

Es curioso ver hombres que en sus especulaciones niegan la existencia de las distinciones morales; que olvidan con todo detalle los principios que ellos reivindican y dan rienda suelta a la indignación y al desprecio, como si esos sentimientos pudieran existir ahí donde las acciones humanas se caracterizan por la indiferencia. Esos autores pretenden desenmascarar, con acritud, el fraude que el yugo de la moral ha impuesto a los hombres, como si denunciar un fraude no fuera ya tomar partido a favor de la moralidad⁷.

⁷ Mandeville, *The Fable of the Bees*. [N. de la T.: Bernard Mandeville (1670-1733), filósofo y pensador satírico de origen holandés y radicado durante una larga tem-

¿Podemos dar razón de la preferencia que damos a ciertos caracteres y explicar lo que en nosotros producen esas emociones tan vehementes de admiración o de desprecio? Si admitimos que no es posible, ¿son los hechos menos ciertos? ¿Y debemos detener los movimientos de nuestro corazón hasta que los que se ocupan de construir sistemas científicos hayan descubierto el principio del cual proceden esos movimientos? Si se quema uno de nuestros dedos, no nos preocupamos por investigar las propiedades del fuego; y cuando el corazón se desgarrar de dolor o se exalta de júbilo, no tenemos tiempo de especular sobre la sensibilidad moral.

Es una fortuna que, en este tema como en muchos otros a los que se aplican la especulación y la teoría, la naturaleza siga su curso mientras la curiosidad se ocupa de investigar los principios. El campesino o el niño pueden razonar, juzgar y hablar su idioma con pertinencia, discernimiento y con una precisión de analogía que dejan perplejos al lógico, al moralista y al gramático cuando quieren descubrir el principio sobre el cual se basan esas operaciones y trasladar a reglas generales esos hechos tan familiares y frecuentes. El éxito de nuestra conducta se debe más al talento que poseemos para el detalle y la inspiración del momento que a los resultados que recogemos de la teoría y de las especulaciones generales.

Debemos, en el resultado de cualquier investigación, considerar los hechos que no podemos explicar; tener presente esta aflicción nos ahorraría muchas contrariedades estériles. En realidad, debemos admitir que recibimos, al mismo tiempo y de la misma manera, varios hechos que, con el sentido de existencia, constituyen nuestro modo de ser. Cualquier campesino nos dirá que un hombre tiene sus derechos y que violar esos derechos es una injusticia. Si le preguntamos más específicamente lo que entiende por *derecho*, probablemente lo forzaremos a sustituir ese término por una noción con menos carga de significado o más impropia; o bien, le preguntaremos sobre la idea que se forma de modo intuitivo en

porada en Inglaterra, es ampliamente conocido por su obra *The Fable of the Bees: Private Vices, Public Benefits* (*La fábula de las abejas o Los vicios privados hacen la prosperidad pública*.)

su mente y del sentimiento al cual finalmente se refiere cuando quiere explicar una situación particular.

Los derechos de los individuos se extienden a numerosos objetos y pueden ser comprendidos bajo distintos conceptos. Antes del establecimiento de la propiedad y de la distinción de rangos, los hombres tienen derecho a defender su persona y actuar con libertad. Tienen derecho a mantener las apreciaciones de su razón y los sentimientos de su corazón y no pueden establecer relaciones recíprocas sin tener una idea clara sobre la justicia o la injusticia de las transacciones que realizan. No intentamos aquí dar sobre la noción de derecho una definición en todas sus aplicaciones específicas, sino razonar sobre este sentimiento de predilección que dicha noción ocupa en nuestra mente.

Si es cierto que los hombres se unen por instinto, que actúan en sociedad por motivos de bondad y amistad; incluso si es cierto que antes de conocerse, antes de haber conjuntamente adquirido hábitos, los hombres son normalmente objeto de atención y consideración recíproca; si es cierto que sus penas se miran con compasión mientras que su prosperidad se ve con indiferencia; si es cierto que se miden las calamidades por el número y la condición de los hombres afectados; si los sufrimientos de uno de nuestros semejantes atraen una multitud de espectadores atentos; y finalmente, si nos sentimos reacios a ser los instrumentos de la desgracia de aquellos a quienes no deseamos ningún bien en particular, entonces tenemos el derecho de considerar esos diversos síntomas de una disposición amigable como las bases de una consideración moral, y de concluir que lo que hacemos es extender a nuestros semejantes, por humanidad y benevolencia, el sentimiento de un derecho que reivindicamos para nosotros mismos.

¿Qué es lo que impulsa nuestra lengua cuando censuramos un acto de violencia o crueldad? ¿Qué es lo que detiene a los actos que tienden a importunar a nuestros semejantes? Probablemente es, en ambos supuestos, una aplicación particular de ese principio que, en presencia de la desgracia y del dolor, nos impulsa a derramar lágrimas de compasión; es una combinación de todos esos sentimientos que forman una disposición indulgente; si no

es una determinación a hacer el bien, es al menos una aversión a ser el instrumento del mal⁸.

Sin embargo, sería difícil enumerar las razones de todas las censuras y de todos los elogios que se aplican a las acciones humanas. Incluso cuando moralizamos, todas las inclinaciones del corazón humano pueden influir sobre nuestros juicios y nuestros discursos. Así como los celos son con frecuencia el guardián más eficaz de la castidad, así la malicia es a menudo la espía más diestra de los defectos de nuestros vecinos. La envidia, la farsa y la vanidad pueden dictar nuestras decisiones; y los principios más perversos de nuestra naturaleza, esconderse bajo unos aparentes celos por la moralidad; pero si sólo pretendemos examinar por qué las personas bien dispuestas hacia la humanidad perciben, en todo momento, que ciertos derechos pertenecen a sus semejantes y por qué ellas aplauden la consideración que se presta a esos derechos, tal vez no podríamos encontrar una mejor razón que ésta: que las personas que aplauden quieren el bienestar de las personas a quienes dedican sus aplausos.

Si consideramos cuántas veces la existencia de esa disposición amistosa en la mente humana ha sido impugnada, cuánto han prevalecido los conflictos de intereses con su cortejo de pasiones, ce-

⁸ Los hombres, se ha dicho, están dominados por el interés, y esto es indudablemente cierto en todas las naciones comerciales. Pero de aquí no se deduce que su inclinación natural los aleja de la sociedad y de un afecto mutuo. Las pruebas de lo contrario existen, aun admitiendo que el interés parece casi siempre triunfar. ¿Qué debemos pensar sobre la fuerza de esa disposición a la compasión, a la honestidad y a la benevolencia, cuando vemos que a pesar de la opinión predominante, según la cual la felicidad consiste en poseer la mayor cantidad posible de riquezas, beneficios y honores, ella mantiene una fuerte amistad entre los que compiten por esas ventajas, llevándoles a abstenerse de utilizar medios para llegar a sus fines cuando se dan cuenta de que no podrían usarlos sin perjudicar a los otros? ¿Qué podemos esperar del corazón humano, en un estado de cosas donde las consideraciones de fortuna no tienen influencia, o bien tienen una opinión contraria: creer que la felicidad humana no consiste en el gozo de los sentidos, sino en el de un corazón generoso; no en la fortuna ni en los objetos del interés, sino en el desprecio de esos objetos; en el valor y en la libertad que surgen de ese desprecio y en una conducta firme y meditada, dirigida al bien de la humanidad o de la sociedad particular a la cual pertenecemos.

los, envidia y malicia, puede parecer extraño alegar que el amor y la compasión son los motivos más poderosos del corazón humano. Pero, en numerosas ocasiones, esos dos móviles están destinados a actuar en conjunto con la fuerza más irresistible y, si son menos uniformes y menos constantes que el deseo de autodefensa, son también más capaces de producir entusiasmo, satisfacción y gozo. Con un impulso igual al del resentimiento y al de la rabia, nos llevan a sacrificar nuestros más apreciados intereses y a afrontar los obstáculos y los peligros más temibles.

Esta disposición del alma a la que se unió la amistad causa satisfacción en las horas de tranquilidad; es agradable no sólo en los triunfos, sino también en las horas de tristeza. Dota de gracia a la figura y, por la expresión que da a las facciones, compensa la falta de belleza y da un encanto que ni la belleza de los rasgos ni la perfección de la tez pueden igualar. De allí, las escenas de la vida humana obtienen lo esencial de su felicidad; y las imitaciones de la poesía, su principal adorno. Las descripciones de la naturaleza, las representaciones de conductas vigorosas, de un coraje varonil, no conmueven al corazón si no se asoman la generosidad y la pasión que suelen manifestarse en los combates, los triunfos o las desgracias que conmueven a un tierno afecto. La muerte de Polites en la *Eneida* no es más patética que la de muchos otros príncipes que perecieron bajo las ruinas de Troya. El anciano Príamo estaba presente cuando fue sacrificado el último de sus hijos, y las agonías del dolor y de la desolación sacaron al padre de su retiro para morir de la mano que había derramado la sangre de su hijo. Lo impresionante en Homero consiste en mostrar la fuerza de los sentimientos más que en excitar el terror y la compasión; pasiones que quizá nunca intentó provocar*.

* Resulta interesante observar con detenimiento la lectura que realiza Ferguson de la tragedia de Homero. No está subrayando como idea central la de *excitar el terror y la compasión* tal y como era común en la época siguiendo los parámetros aristotélicos. Por el contrario, para Ferguson el ingenio de Homero reside en su capacidad para enaltecer esas pasiones. La grandiosidad de la tragedia se encuentra en esta capacidad de transmitir al lector la existencia en los hombres de un muelle de fuerzas y energías; un muelle que es el que anima las pasiones de los pro-

Con esta tendencia a entusiasmarse, con este dominio sobre el corazón, con el placer que acompaña las emociones, con todos los efectos tendentes a conciliar la estima y la confianza, no es sorprendente que sea ese principio de humanidad el que da el tono a nuestras alabanzas y a nuestras censuras, que sea también de él de quien la mente, por la reflexión, obtenga su saber de lo que es más deseable en el carácter humano. ¿*Qué has hecho de tu hermano Abel?* fue el primer reclamo a favor de la moral. Y si la primera respuesta se ha repetido con frecuencia, los hombres, en cierto sentido, han suficientemente reconocido la obligación impuesta a su naturaleza. Han sentido, han hablado e incluso han actuado como los guardianes de sus semejantes. Han establecido las marcas de la honestidad y del mutuo afecto a partir de las cuales es posible reconocer lo que es meritorio y amable en el carácter de los hombres. Han hecho de la crueldad y de la opresión los principales objetos de su indignación y de su furor. Incluso, cuando la mente se encuentra ocupada con proyectos de interés, el corazón se deja seducir a menudo por la amistad; y mientras los negocios se realizan de acuerdo a las máximas de la conservación de sí mismo, los momentos de ocio se emplean en acciones de generosidad y de amabilidad.

De aquí surge que la regla según la cual los hombres juzgan comúnmente las acciones externas procede de la supuesta influencia de tales acciones sobre el bien general. Abstenerse de hacer el mal es la ley más importante de la justicia natural; propagar la felicidad es la ley de la moral. Cuando censuramos un favor otorgado a uno solo o a un pequeño grupo de individuos a costa de la mayoría, nos referimos a la utilidad pública considerada como el gran objetivo al que deben tender las acciones de los hombres.

Después de todo, podemos conceder que si nuestra aprobación o reprobación, respecto a la moral, sale de un principio de amor a la humanidad, distribuimos a veces aplausos y censuras sin examinar precisamente lo que se gana o se pierde de la felicidad de nuestros semejantes. Convenimos también que, aparte de la ho-

tagonistas. Esta perspectiva de Ferguson es coherente con su visión de la naturaleza humana, caracterizada principalmente por ser activa. [N. de la T.]

nestidad, la generosidad y el espíritu público, virtudes que están íntimamente vinculadas a este principio, existen otras que parecen derivar su mérito y su precio de otra parte. ¿La moderación, la prudencia, la fortaleza son también cualidades que admiramos por un principio de afecto hacia nuestros semejantes? Por qué no, si nos hacen felices a nosotros mismos y son útiles para los otros. El que está dispuesto a contribuir a la felicidad de los otros no es tonto, ni insensato, ni cobarde. ¿No es eso la prueba más evidente de que la moderación, la prudencia y la fortaleza son necesarias para formar el carácter que amamos y admiramos? Yo sé perfectamente bien por qué quisiera poseer yo mismo esas virtudes y por qué deseo encontrarlas en mi amigo y en toda persona que es objeto de mi afecto. Pero ¿con qué propósito tratamos de buscar las razones de nuestra aprobación sobre cualidades tan esenciales para nuestra felicidad, esas cualidades que contribuyen en gran parte a la perfección de nuestra naturaleza? Para despreciarlas, tendríamos que dejar de estimarnos a nosotros mismos y haber perdido la noción de lo que es la excelencia.

Un hombre con una mente sensible y afectuosa, convencido de la máxima de que en calidad de individuo él no es más que una parte del todo que le exige toda su dedicación, encuentra en ese principio la base de todas las virtudes, el motivo para rechazar los placeres animales que suplantaría sus goces más preciados y para superar los peligros y las dificultades que obstaculizan su camino hacia el bien público: «Una pasión viva y fuerte engrandece su objeto y aminora los obstáculos y peligros que se encuentran en su camino. Pregunten a quienes han amado», dice Epicteto, «ellos saben que digo la verdad».

«Tengo en mí mismo», dice otro eminente moralista, «una idea de justicia que, si pudiera seguirla en cada ocasión, me consideraría a mí mismo el más feliz de los hombres»⁹. Es quizá muy im-

⁹ *Lettres persanes*. [N. de la T.: La obra *Lettres persanes (Cartas persas)*, publicada en 1721, es una obra de Charles Louis de Secondant, señor de la Brède y barón de Montesquieu (1689-1755), quien influyó notablemente en el pensamiento de Ferguson.]

portante para la felicidad y para la conducta humana, si las dos no son inseparables, que cada uno tenga una idea de justicia distinta y perfeccionada. Es quizá bajo otro nombre que se encuentra ese bien de la humanidad que buscan los hombres virtuosos. Si la virtud es el bien supremo, el mejor y más señalado de sus efectos es su comunicación y su propagación.

Distincuir a los hombres por las diferencias de sus cualidades morales, tomar partido por la equidad, oponerse a otro, incluso con la indignación que inspira la injusticia, son las señales usuales de la integridad y de los movimientos de un corazón justo, ardiente y generoso. Apartarse de los prejuicios injustos y las antipatías infundadas, mantener la serenidad de la mente que, en toda ocasión, procede con discernimiento e ingenio, sin restarle sensibilidad o pasión, son las marcas de un espíritu firme y cultivado. Pero ser capaz de seguir los dictados de tal espíritu, en todas las circunstancias de la vida, y con un dominio constante sobre sí mismo, en la prosperidad como en la adversidad, y en pleno uso de sus facultades como de todos sus recursos cuando se trata de la vida o de la libertad como cuando se atienden simples cuestiones de interés, eso es el triunfo de la magnanimidad y de la grandeza de la mente. «La suerte del día está echada. Saca ahora la jabalina de mi seno», dice Epaminondas, «y déjame sangrar».

¿En qué situación y en qué escuela se forma este asombroso carácter? ¿Tiene su origen en la frivolidad, la afectación y la vanidad donde la moda nace y preconiza el buen gusto? ¿Surge en esas ciudades grandes y opulentas donde rivalizan la magnificencia de los equipajes, los atuendos y los signos de riqueza? ¿Se da en medio de la pompa de las cortes, donde se aprende a acariciar sin cariño, a reír sin placer, a herir con las armas secretas de la envidia y de los celos, a darse una importancia personal con medios que no se concilian con el honor? No, surge en una situación donde se despiertan los grandes sentimientos del corazón, donde el carácter de los hombres, y no su posición o su fortuna, constituye la principal distinción, donde las preocupaciones interesadas y vanidosas desaparecen al calor de emociones más vigorosas, donde, finalmente, el alma, habiendo encontrado y reconocido sus ver-

daderos objetos, como el animal que ha probado la sangre de su presa, ya no puede rebajarse a apetitos que dejarían sin uso sus talentos y su fuerza.

Basta con que en las ocasiones propicias a ejercer disposiciones afortunadas y elevadas sean capaces de producir este efecto admirable, mientras que la mera instrucción puede dejar a los hombres insensibles a sus preceptos o incapaces para entender su significado. El caso, sin embargo, no es desesperado mientras no hayamos constituido nuestro sistema de política ni nuestras costumbres; mientras no hayamos vendido nuestra libertad por títulos, honores y distinciones; mientras no conozcamos otro mérito que la prosperidad y el poder, ni otras desgracias que la pobreza y el abandono. ¿Qué tipo de instrucción puede curar las mentes corrompidas por ese mal? ¿Qué voz de sirena puede despertar el deseo de libertad cuando ese anhelo se califica de ambición y avaricia? ¿Y qué medios de persuasión se necesitan para transformar las muecas de cortesía en verdaderos sentimientos de humanidad y benevolencia?

SECCIÓN VII DE LA FELICIDAD

Después de haber considerado las capacidades activas y las cualidades morales que permiten apreciar la naturaleza humana, habría que preguntarse si además es necesario reflexionar sobre su felicidad. Este término tan frecuente y tan familiar en su uso es quizá, si no tenemos cuidado, el menos comprendido. Sirve para expresar nuestro agrado cuando uno de nuestros deseos se satisface; lo evocamos con suspiros cuando el objeto de nuestros anhelos está lejos; dice lo que deseamos obtener y lo que rara vez nos detenemos a examinar. Estimamos las cosas en razón de la utilidad y de la importancia para nuestra felicidad, pero no creemos que la utilidad y la felicidad requieran explicación.

Muchas veces, consideramos como muy felices a los hombres cuyos deseos son más frecuentemente satisfechos. Pero si la feli-